



Derribo parcial de la Fábrica de Tejidos de Lino. Junio 1981.

En el siglo y medio
de un gran ausente:

LA ARQUITECTURA DE LA FABRICA DE LINO.



Ramón Ayerza Elizarain

No faltan razones para intuir que Rentería se ha producido siempre como una Villa de acusada personalidad, personalidad que se ha caracterizado sobre cualquier otra consideración por un notable dinamismo. Entre un San Sebastián esteticista y diletante y la Villa fronteriza y singularizada de Irún, con todo su flanco sur sumido en la estricta ruralidad de las montañas que le separan de Navarra, Rentería se ha desenvuelto a lo largo de su mediada historia como una Villa confiada, bulliciosa y, sobre todo, dinámica.

Aún es posible recordar en Rentería la pujante Villa industrial, y quizá convenga mencionarlo para conocimiento de quienes hayan llegado luego. También fue portuaria y marinera y, antes aún, una comunidad rural que compartía los afanes y esperanzas del Valle de Oiartzun. Con cada cambio de actividad principal mudó también de nombres. Fueron éstos siempre tetrasílabos: Orereta cuando rural, Villanueva como Villa de realengo y

Rentería en sus momentos más florecientes. Aunque todo ello responda más al azar que a consciente diseño, nunca estará de más señalarlo.

Rentería ya no es una Villa industrial. Dejó de serlo por causas variadas y complejas. El desmantelamiento de su tejido industrial y correspondientes instalaciones se llevó a cabo con la determinación y dinamismo característicos de la tradición de ejecutoria renteriana. La pérdida de la actividad industrial ha sumido inevitablemente a la Villa en una crisis de evolución cuya solución aún es pronto para conocer. Me pregunto, vivamente interesado, si en esta ocasión cambiará también de nombre y si volverá éste a ser un tetrasílabo.

El 29 de octubre de 1841 el Duque de la Victoria, en funciones de regente, llevó las fronteras económicas del reino hasta el Bidasoa. Esta medida conllevaba el desmantelamiento de las aduanas inte-

riores. La iniciativa potenciaba la competitividad de las producciones vascas en el mercado interior español, motivo por el que D. Serapio Múgica propone esta fecha como *punto de partida de la industria moderna en Gipuzkoa*. El restablecimiento de las aduanas y su régimen proteccionista incluyó también un área cautelar convenida entre los gobiernos francés y español dentro de la cual se prohibía el establecimiento de industrias dentro de un determinado margen a partir de las fronteras. Rentería resultó ser la primera población no afectada –es decir, beneficiada– por esta medida.

La Sociedad de Tejidos de Lino fue la pionera en aquellos momentos de industrialización. Su fundación se remonta al año 1845, hace ahora exactamente siglo y medio. Le siguieron en breve plazo muchas otras que, con su incorporación, contribuirían a hacer de Rentería la población industrial que antes evocábamos. Quizá atendiendo a la nueva circunstancia fronteriza, quizá por la residencia francesa de los socios iniciales, la fábrica se instaló a las puertas de la Villa, junto al *Camino de Francia*. Salía éste del casco medieval por homónima puerta, situada al cabo de lo que hoy es la Calle del Medio, y pasaba ante la desaparecida ermita de Santa Clara atravesando para ello el arrabal que le era anejo. En aquellas fechas el Camino Real aún no pasaba por el casco de Rentería, sino que cruzaba por el alto de Ventas, comunicando directamente Hernani y Oiartzun. Sólo un año más tarde, en 1846, se desviaría ya éste para besar así las puertas de San Sebastián cuya aspiración capitalina acababa de ser confirmada, y enlazando de paso por Rentería. Siguió para ello el trazado del Camino de Francia.

Estaba, pues, la fábrica felizmente plantada al borde de la Carretera Madrid-París en un solar privilegiado, de planta alargada en el sentido este-oeste, entre el río Oiartzun al norte, el Camino al sur, el arrabal de Sta. Clara al este y el casco amurallado de la Villa al oeste. Daba la impresión que la instalación se llevó a cabo con abundancia de medios y amplitud de miras. Los edificios extremos se dispusieron de forma que ofreciesen un digno remate a las edificaciones colindantes tanto desde el casco medieval, donde el palacete de las oficinas espaldaba al Palacio de Zubiaurre, como del arrabal. Todo el solar estaba servido longitudinalmente por un canal de agua clara proporcionada por el caudal del río Oiartzun desde una represa situada aguas arriba. Varios puentes con sólidos arcos de medio punto en mampostería franqueaban aquí y allá su curso.

Los pabellones se construyeron en torno al canal. Eran sobrios edificios de tres plantas y dos crujías construidos con muros perimetrales de mampostería y entramado interior de madera. Series de ventanas regulares rematadas en escuetos arcos escarzanos de ladrillo recorrían de cabo a rabo sus lisas fachadas. Respondía todo ello fielmente a un modelo fabril textil ya probado con éxito desde comienzos del siglo XIX en otras partes, Inglaterra particularmente. En este modelo, la racionalidad y la adaptación funcional se manifestaban por la estricta proporción de las soluciones adoptadas y la absoluta regularidad de su puesta en práctica.

Sería difícil decir hasta qué punto la estética orientó la disposición de las formas en la Fábrica de Lino. Desde luego, su diseño responde a la perfección al lema de la Escuela de Glasgow *Belleza es Aptitud manifiesta*, pero ello tampoco desde el momento en que éste sale al paso de los hallazgos innegablemente estéticos de las mejores propuestas ingenieriles, y no al contrario. En la fábrica había muy pocas formas identificables en cuanto a tales, todas ellas coladas en moldes de radical funcionalidad. Al mismo tiempo, se hacía de ellas un empleo exhaustivo y radicalmente sistemático. Lo limitado del repertorio exigía su permanente recurso, y la contención de los desarrollos autorizaba su masivo empleo sin caer en la saciedad. La sobriedad expresiva se potenciaba con su sistemática repetición, dando lugar a esa sensación de pauta y ritmo que se corresponde con las mejores arquitecturas extensas, en las que la noción de *tiempo* se incorpora a las sensaciones plásticas, trascendiéndolas para alcanzar la categoría de *vivencia*.

No toda la arquitectura de la Fábrica de Lino era de la misma época ni respondía al mismo modelo. La actividad industrial tuvo éxito y hubo de adaptarse al avance tecnológico. Las incorporaciones se realizaron, sin embargo, con un talento técnico que se demostró en su acierto plástico. Con la llegada de la motorización por vapor hubo que construir la correspondiente instalación, y surgió, en el epicentro de la fábrica, el pabellón de la chimenea, con su planta cuadrada y frente abierto en arcos de medio punto, desde cuyo centro se elevaba la alta chimenea de ladrillo aplantillado. Muchos lo recordarán, ya apagado, ya provisto del blanco penacho que componía su cimera, siempre intacta la prestancia y proporción de sus formas, su proyección monumental. Sería difícil encontrar más adecuado monumento conmemorativo para aquella época industrial.



Derribo parcial de la Fábrica de Tejidos de Lino. Junio 1981.

La última ampliación tuvo lugar en la linde del nuevo trazado de la Carretera Nacional. Allí se instaló una amplia nave construida con estructura metálica sostenida por un bosque de columnas y cubierta en diente de sierra. De nuevo, una tipología y unas soluciones constructivas ligadas a una precisa imagen del pasado. De nuevo también, el muro que limitaba las naves sobre la acera de la carretera lo hacía con el sobrio y contundente diseño de una serie de ventanales que, con cuidada traza y hermosas proporciones, se repetían a todo lo largo de la fachada.

Al cesar sus actividades, la Fábrica de Lino fue adquirida como solar para edificar un conjunto residencial en régimen de cooperativa. Transformar los solares desocupados por las fábricas desmanteladas en conjuntos residenciales que mantuviesen la elevada edificabilidad correspondiente a la actividad industrial no dejaba de ser un procedimiento apetecible por su extraordinaria rentabilidad y se dio lo suficiente como para estar en el origen de ciertos aspectos de la imagen urbana de la Rentería de los años sesentas y setentas. Con ingenuo sarcasmo, los barrios residenciales conservaban el nombre de las fábricas cuyo emplazamiento y edificabilidad aprovechaban. En este caso no pudo ser así. Pionera del desarrollo industrial de la Villa, la fábrica fue también la primera en *llegar tarde* al procedimiento descrito. Cuando, en 1978, la cooperativa presentó ante el Ayuntamiento su solicitud de derribo de los pabellones de la fábrica y construcción de 200 viviendas sobre el solar resultante, las cosas habían cambiado lo suficiente como para que todo ello fuese rechazado.

Corrían entonces los primeros años de lo que se dio en llamar *la transición*. Fiel a su tradición, Rentería vivió aquellos momentos con particular intensidad. Fueron los años de los primeros ensayos democráticos; años también convulsos y reivindicativos. Al principio de aquellas fechas fracasaron las intentonas de conversión de solares industriales en residenciales, tanto en Lino como en Paisa. En este último se pudo orientar los acontecimientos hacia la apertura de una plaza, la actual de la Música. A continuación, la presión inmobiliaria cesó completamente durante varios años. Quizá fruto de aquellas experiencias haya sido la feliz iniciativa de reconvertir otro solar imbricado en el centro del pueblo, con sus pabellones adecuadamente adaptados, el de la fábrica de material eléctrico Niessen, para servicios culturales.

El solar de la Fábrica de Lino no tuvo tanta suerte. Gravitaba sobre sus pabellones la presunción de monumento, presunción que afloraba cada vez que se hacía referencia a su destino, o se consideraba su ordenamiento urbanístico. Y sin embargo, esta hipótesis nunca fue objeto de seria consideración y estudio. Incluso es posible que contribuyese a la desaparición de aquel patrimonio arquitectónico. En un primer momento se acarició la idea de convertir el conjunto, o al menos su parte más significativa, en dotaciones públicas de las que la Villa estaba tan necesitada. La tipología de las edificaciones autorizaba una amplia diversidad de usos. El mantenimiento de las edificaciones preservaba el Patrimonio Monumental de la Villa y, al mismo tiempo, se constituía en garante del tiempo preciso para llevar a buen término las obligadas negociaciones con la Cooperativa. Tampoco pudo prevalecer este criterio.

El debate sobre la suerte final de la Fábrica de Lino ha sido muy largo y probablemente no esté del todo cerrado. Por ello, quizá resulte prematuro tratar de analizar los intereses e intencionalidades que han intervenido en el mismo. Como monumento, probablemente no acumulaba los años suficientes para despertar un instintivo respeto, para suscitar los sufragios necesarios. Los concejales no manifestaron inicialmente una voluntad propicia al derribo. Las cosas fueron cambiando después. Fue, finalmente, un asunto incómodo para una autoridad municipal carente de la sensibilidad necesaria y presionada desde la calle para que procediese al derribo total, como reiteradamente se recoge en las actas municipales de aquellas fechas.

Los edificios centrales de la Fábrica de Lino se demolieron alevosamente, aprovechando las fechas de la Semana Santa de 1982. Aunque la intención inicialmente declarada no abarcaba la totalidad de los edificios, en sucesivas iniciativas escalonadas a lo largo de doce años, el derribo ha sido completo.

Nunca es fácil sustituir un monumento. Tampoco lo va a ser en este caso. Sabemos cómo la Villa de Rentería se privó de lo que, con toda probabilidad, era su monumento más singular y significativo. Permanecen en la sombra, al menos de momento, los motivos a los que finalmente obedeció el derribo. Quizá dentro de poco podamos ver los resultados, el *para qué lo tiraron*.



Fábrica de Tejidos Lino. Febrero 1976.